

No sé cómo reconfortar a mis padres, librarles de la losa bajo la que han quedado sepultados. Yo, al fin y al cabo, soy ya solo polvo. Cenizas que vuelan por el monte y se posan en las ramas de los robles, que flotan por el cauce manso del río y regresan a la orilla, donde toman el sol y recobran el vuelo. Únicamente polvo en suspensión. Me gustaría decirles que ya no hay sufrimiento, solo un silencio apenas interrumpido por el trinar de los pájaros y alguna racha de viento. Me gustaría, si algún bien puedo hacer por ellos, decirles que han elegido bien el paraje sobre el que han arrojado mis cenizas. Aquí todo es luz.

Me alegra que ellas corrieran más. La calle estaba embarrada y mis piernas no daban de sí. Lucía, con su sobresaliente en gimnasia, salió disparada hacia la tapia y desapareció. Marta se escondió detrás del contenedor de los plásticos, el amarillo, y me pidió, con el dedo sobre los labios, que guardara silencio. Sé que fueron a pedir ayuda, que no me dejaron abandonada. Ellas nunca lo habrían hecho.

Relatar lo que hicieron aquellos chicos es difícil. No lo comprendo. Yo no tengo ningún atractivo ni sé protegerme. Mi exceso de cromosomas, desde luego, no jugó a mi favor. Mis padres culpan a Marta y a Lucía por haberme dejado sola. Yo no sé cómo habría actuado si, en vez de a mí, se hubieran llevado a una de ellas en el coche, porque no tenía ni la menor idea de lo que querían.

Me sentaron en el asiento de atrás. Me entretuve intentando abrocharme el cinturón. Papá nos regaña a Patri y a mí si se nos olvida. Nos repite constantemente que el cinturón de seguridad es un seguro de vida en el coche. Por eso, en cuanto el más moreno, el de la cicatriz sobre la ceja, me sujetó las manos, le pedí que me dejara encajar el cinturón. No sé qué le provocó tal carcajada. El que conducía aceleró. Los árboles del parque pasaban muy deprisa. Me dio tiempo a ver a una niña del colegio esperando su turno en los columpios. Después de ella, ya no volví a ver a nadie conocido. Recuerdo que pensé que me habría gustado que Lucía hubiese venido conmigo. Recorrer tan deprisa aquellos caminos, con las ruedas chirriando sobre la tierra, era toda una aventura. Solo cuando me di cuenta de que comenzaba a anochecer, sentí miedo. Seguro que mamá me castigaba. Se enfadaba mucho en cuanto me pasaba un minuto. Dice que este mundo no está hecho para niñas como yo. Aún no sabía lo que vendría después.

CAROLINA

Recuerdo las risas. No sé qué les hacía tanta gracia. A mí me dio por reír también. Les dije que ya lo habíamos pasado bien, que el viaje en coche había sido muy divertido, pero que tenía que volver a casa. Les conté lo enfadada que se ponía mamá en cuanto me retrasaba, pero no me hacían caso. Decían que la fiesta aún no había comenzado, que no me preocupara por nada. Que lo íbamos a pasar bien.

Después de las risas, vinieron los nervios. Me pidieron que me quitara la ropa. Les dije que no. Había barro por todas partes y se podía ensuciar. Mi madre se enfadaría aún más. Entonces, uno de ellos, el de la ceja no, otro con el pelo rizado y unas letras raras tatuadas en el cuello, me gritó. Me gritó que no volviera a mencionar a mi madre, que nadie le había dado vela en ese entierro. Me acercó una navaja a la oreja y me la deslizó por el pecho, sobre la blusa. Todo se estaba complicando. Mamá iba a montar en cólera. Los botones de la camisa, una que me había comprado en Zara, rodaron por el suelo. No habría manera de encontrarlos entre las alfombrillas, con lo oscuro que estaba. Le pedí por favor que parara. Que se hacía de noche y necesitaba volver a casa. A esas horas ya debían de estar buscándome. Que ellos no conocían a mamá cuando se enfadaba. Llegué a suplicarles. Uno de ellos se desnudó. Yo no entendía, con el frío que hacía ya, que se quitara la ropa. Después, a la oscuridad de la noche se unió un bofetón que fundió mi vida en negro. Es mejor olvidar los detalles. De algunos no guardo recuerdos, ya que al poco perdí la consciencia. Ahora ya solo soy polvo. Y vuelo tranquila. Mamá ya no me espera. Me buscaron durante días, casi un mes. Me consuela saber que mamá no se enfadó conmigo. Lucía y Marta corrieron a contarle que unos chicos me habían obligado a subir con ellos al coche. Solo lloró. Eso es lo peor. Pensar que la hice llorar. Dicen que fue un consuelo encontrarme, aunque fuera en esas condiciones, pero yo no tuve la culpa. Juro que no tuve la culpa.

MARÍA SOLEDAD GARCÍA GARRIDO